

¿Periodistas o mediadores?

Esta reflexión tiene, muy probablemente, su origen en un paseo por Bruselas, un día de septiembre de 1991. Vi entonces, en un quiosco de prensa, el índice de una prestigiosa publicación mensual — la *Revue des deux mondes*— y me llamó la atención un título que rezaba: "*Le journaliste n'est pas un mediateur*". Sospeché desde el primer instante que podría contener alguna afirmación concluyente acerca de una realidad periodística que yo siempre tuve por controvertida y sobre la que he reflexionado con cierta asiduidad y —todo hay que decirlo— con más acopio de dudas que de respuestas.

El autor del artículo, Jean Bothorel, no era un desconocido. Editoralista de *Figaro*, estaba considerado como un gran periodista y un reputado ensayista y escritor. Sus reflexiones podían tener, por consiguiente, el valor de dilucidar algunas sospechas o, cuando menos, alimentar o avivar, con sus argumentos, mi propio desconcierto sobre lo que acontece hoy en esta bendita profesión. Y debo decir cuanto antes que no hubo decepción. El artículo no tenía desperdicio y por ello quiero traerlo aquí como punto de referencia y de apoyo para algunas indagaciones, conjeturas, aprehensiones o meras "descripciones de hechos", originadas en el ejercicio cotidiano del periodismo. Y también como contrapunto —como sujeto contradictor—, con el que, llegado el caso, poder polemizar o discrepar abiertamente. Ha de permitírseme, pues, que me refiera a él con alguna extensión.

El artículo de Bothorel tiene un sumario de entrada —una especie de anticipación de conclusiones— en el que se lee: "Se habla cada vez menos de la prensa y cada vez más de media. Este deslizamiento semántico traduce el cambio en profundidad del rol

**CARLOS G.
REIGOSA**

«La tesis de Bothorel no es novedosa en su origen. Arranca del manido malestar que el predominio audiovisual habría introducido en el mundo informativo, y del cual deriva la necesidad de



del periodista en el universo mediático que se dibuja. En adelante, el *mediador-profesional* reina. Y los *media* se han vuelto los agentes del condicionamiento social, la posta de relevo de todos los poderes".

En las primeras líneas del artículo queda confirmado —y se enteraría cualquier profano— que Bothorel es un buen periodista: basta con observar con qué facilidad —o con qué habilidad— cautiva la atención del lector. Después de una breve referencia al comportamiento de los medios de comunicación en los sucesos de Timisoara, la guerra del Golfo y la profanación del cementerio judío de Carpentras —tres acontecimientos emblemáticos que, en su opinión, debieran haber elevado la profesión y que, sin embargo, contribuyeron a rebajarla—, se pregunta sin contemplaciones: "¿Puede hoy, en Francia, un periodista ejercer su oficio?" Y cuando el lector espera reponerse del susto con una larga y matizada argumentación, es sorprendido por una respuesta tan implacable y directa como la propia pregunta: "No". Rotundamente NO. Lo que equivale a decir —¡nada menos!— que hoy, en Francia, no es posible ejercer el oficio de periodista. "Yo tengo el sentimiento de que el periodista ya no existe —sostiene—. Y en cuanto a la opinión pública, es demasiado poco consciente de la extraordinaria degradación que afecta a este oficio, y de las razones de esta degeneración"... Esto afirma Bothorel. Y no se dirá que no ha empezado de un modo llamativo. A partir de esta estimación, era difícil abandonarlo. Y no lo haremos aquí tampoco, porque nos servirá para centrar la cuestión.

La tesis de Bothorel no es novedosa en su origen. Arranca del manido *malestar* que el predominio audiovisual habría introducido en el mundo informativo, y del cual deriva la necesidad de reacomodar la profesión. "La televisión —con su corolario, la omnipresencia de la imagen— dicta su ley —dice— y la prensa escrita se ahoga corriendo detrás". Pero, en vez de perderse en la dialéctica de los medios (o entre los medios), tantas veces —y tan inútilmente— repensada, su originalidad está en que centra su análisis, como aquí pretendemos, no ya en el periodismo, sino en el propio periodista, en la realidad del informador y en su —aparente o real— cambio de naturaleza o de substancia, en su *transubstanciación*.

Para explicarse, contrapone o confronta dos clases de periodistas que él conoció: el periodista de los años sesenta y el de los ochenta (que es también el de ahora mismo). Uno antípoda del otro, como veremos. El de los años sesenta (en cuyas filas se alista Bothorel) era el periodista prisionero de la dialéctica objetividad-compromiso, que debía encontrar sus propias marcas, sus señas de identidad, y que se caracterizaba por un cierto número de principios que guiaban sus comportamientos: libertad de espíritu, individualismo exacerbado, afirmación de las convicciones personales cuando debía

«Lo quiera o no— subraya—, el periodista es un observador comprometido. Su lectura de la actualidad es tributaria de su temperamento, de su educación, de su medio, de



pronunciarse sobre un acontecimiento, etc. Esta voluntad de independencia —que, según Bothorel, debería ser "la especificidad misma del periodismo"— no es, sin embargo, sinónimo de neutralidad. "Lo quiera o no —subraya—, el periodista es un observador comprometido. Su lectura de la actualidad es tributaria de su temperamento, de su educación, de su medio, de su pasado. Pero es un observador comprometido que no compromete a nadie más que a sí mismo, y es así como sus lectores deberían leerlo, y como sus oyentes deberían escucharlo. Agitador de ideas, se sitúa en el polo opuesto del partidario".

Esta es la definición del periodista que, según él, ya no existe, que se ha extinguido. En su lugar, ha emergido otra que acoge a una nueva raza de periodistas, los cuales, lejos de ser —y de creerse— unos agitadores de ideas, lejos de afirmar sus propias convicciones ante la gran redistribución del juego sobre el planeta, reivindican la imparcialidad, la neutralidad y pretenden contar los *hechos* situándose ("privilegio de los dioses", dice Bothorel con reveladora ironía) por encima de las informaciones que difunden.

Es así como el periodista habría cambiado de naturaleza, para confundirse con un técnico de la información pura; una información que ya no es más que una mercancía como cualquier otra. "A partir de lo cual, toda reflexión se vuelve inútil, ya que la información se basta a sí misma". Surge así y se afirma la noción de profesionalismo, hasta hace pocos años extraña al oficio, pero ya preponderante hoy en día. Los medios, nos recuerda Bothorel, "ya no reclutan periodistas, reclutan profesionales". De hecho, cada vez se habla menos de periodistas y más de profesionales de los medios. ¿Significa esto, como quiere el editorialista de *Figaro*, que el periodista ha muerto, y que ha nacido el *mediador-profesional*! El deslizamiento semántico no es gratuito y probablemente traduce una de las modificaciones profundas del rol del periodista en el nuevo universo mediático; un universo ciertamente regido por la ideología de la tecnocracia, que es uno de los muchos hijos (no sé si esta bien decir naturales) de la famosa *Modernidad*.

La exposición de Bothorel se recrea en este análisis, para establecer, con su lucidez —que es mucha—, pero también con una drasticidad excesiva, la diferencia entre el antes y el ahora del periodismo. El discurso de Bothorel, como se habrá adivinado, desemboca en una condena sin paliativos de la situación actual. Así, acusa al *mediador-profesional* de no tener pasión, de haber perdido la fuerza de indignarse, de despreciar y de maldecir; de tener la serenidad de los cínicos —"que se asemeja a veces a la de los imbéciles"—; de no tener en la boca más lenguaje que el del pragmatismo o el de los sondeos; de llevar la medalla del consenso colgada en la solapa de la chaqueta, y, en fin, de ser el eco fiel de todos los conformismos dominantes.

«Es así como el periodista habría cambiado de naturaleza, para confundirse con un técnico de la información pura; una información que ya no es más que una mercancía como cualquier otra.»



Es una arremetida brutal, brillante, pero lamentablemente reduccionista. Ha olvidado Bothorel —consciente o inconscientemente— la extraordinaria diversidad que acoge hoy la palabra periodista. Una diversidad en la que está todo lo malo que él señala, pero también mucho más —y no tan malo— de lo que él señala. El periodismo ha cambiado, y ha evolucionado su función social, o al menos ha evolucionado la forma —también física, telemática— de ejercer o desarrollar esa función. El periodismo hoy en día es una pluralidad múltiple, y en esta característica se fundamenta su crecimiento —en progresión geométrica— y también el riesgo o los peligros que lo acechan. Con algo que se asemeja al desprecio —y que no disimula—, Bothorel parece excluir del oficio —como él insiste en llamarle— a la mayor parte de quienes hoy en día terminan sus estudios de periodismo y acceden al mercado de trabajo. En realidad, no acoge más que aquellos que, aun bajo la *minusválida condición de mediadores-profesionales*, trabajan en periódicos, radios o televisiones; es decir, en medios de comunicación. Los demás, no merecen ni un comentario. Lo cual acredita una avanzada ceguera sobre la realidad actual de nuestra profesión, o de nuestro oficio, o como quiera llamársele. Porque esos *otros* periodistas haylos, y cada vez en mayor número.

La vida cotidiana ilustra sobre esta realidad. Cuando, desde un medio de comunicación, un periodista llama por teléfono a una empresa o a una institución para requerir un dato o una noticia, comprueba —cada vez con más frecuencia— que, al otro lado del hilo, hay otro periodista encargado de responderle. La Defensora del Lector de *El País*, Soledad Gallego-Díaz, escribía hace unos meses (3 de julio) —por cierto que después de una conversación que mantuvimos sobre este asunto— que "al menos, en Madrid, hay casi tantos periodistas que trabajan en medios de comunicación como periodistas cuya función es, precisamente, servir de fuente a los primeros". A este respecto, recordaba que en la *Agenda de la Comunicación 1994*, editada por la Secretaría General del Portavoz del Gobierno, figuran los nombres y teléfonos de 425 jefes de prensa de organismos públicos, y, por lo que respecta a las empresas privadas, en la *Agenda de Comunicación Económica 1994* se enumeran más de 400.

Cabe añadir aquí los resultados del reciente estudio elaborado por la empresa de comunicación Inforpress —y difundidos por EFE el pasado 13 de julio— según los cuales el 85 por ciento de las mil principales empresas españolas (por volumen de facturación) tiene un responsable para sus relaciones con los medios de comunicación. Lo que significa un total de 850. A la luz de estos datos, se hace más comprensible una de las nuevas realidades del periodismo contemporáneo, que es el permanente —y sin duda hábil, consciente y deliberado— bombardeo de las redacciones de los medios de

«El 85 por ciento de las mil principales empresas españolas (por volumen de facturación) tiene un responsable para sus relaciones con los medios de comunicación. Lo que significa un total de 850.»



comunicación por los gabinetes de prensa y departamentos de comunicación, los cuales, definitivamente, influyen y participan en el proceso informativo de un modo directo y significativo. Es una realidad sobre cuyas bondades o maldades se puede estar de acuerdo o en desacuerdo, pero que no se puede negar.

Imagínense por un instante la correlación de fuerzas y se entenderá mejor la proporción del fenómeno: La Agencia EFE tiene en Madrid, en su área económica, catorce periodistas. En ellos —y probablemente también sobre ellos— desemboca cada día la riada de convocatorias, comunicados, declaraciones, notas de prensa, puntualizaciones, aclaraciones, matices, saldos empresariales, balances económicos, interpretaciones de resultados, explicaciones de objetivos, presentaciones de proyectos, etc., que esos cientos de gabinetes de prensa o de comunicación son capaces de producir. Piénsese por un instante, no ya en la proporción, sino literalmente en la *absoluta desproporción* que esto significa. Imagínense una batería de aparatos de fax (ese fantástico y revolucionario invento) vomitando sin parar la producción de unas fuentes informativas codiciosas de lograr el impacto deseado, que no es otra cosa que la publicación en los medios de comunicación. Esta es la realidad. Y los periodistas de los medios no la vivimos como un drama, sino como una consecuencia natural de la evolución del proceso informativo, esto es, del signo de los tiempos. En el fondo, es la misma evolución que ha sufrido —o disfrutado, que nunca se sabe— la fabricación de trajes o la cocina. Tanto las prendas de serie como el plato precocinado buscan acortar la distancia entre el producto y el cliente. Otro tanto buscan los gabinetes de prensa. Al final, no constituiría un exceso hablar, como hace el periodista Domingo del Pino, de una "información precocinada", al referirse a la que preparan estos gabinetes de prensa; una información que, muchas veces, al llegar a una redacción saturada o desbordada por el trabajo, logra ser reproducida prácticamente como viene, con un agradecimiento —sin duda oculto por parte del periodista del medio— similar al que puede inspirar una *pizza* en un momento de agobio culinario-temporal.

Unos y otros nos conocemos, a veces demasiado, y, aunque sea un poco a regañadientes, nos tratamos con respeto. Es verdad que los periodistas de medios nos creemos superiores, más propia y genuinamente periodistas, más puros, más éticos, más libres, más ajustados al sentido tradicional del oficio, pero también, a cambio, cobramos menos, vestimos peor, vivimos más sacrificadamente — más sobresaltadamente—, y, lo que es peor, lo sabemos.

En sentido contrario, ocurre que la evaluación de los ocasionalmente autodenominados "periodistas de fuentes" —denominación que no sé si prosperará— tampoco es favorable para el periodista de medios, al que tienen —no diré que siempre, porque hay que dejar lugar para las honrosas excepciones— por *principiante-muerto-de-hambre-*

«Los periodistas de medios nos creemos superiores, más propia y genuinamente periodistas, más puros, más éticos, más libres, más ajustados al sentido tradicional del



al que todavía nadie ha tentado con una oferta similar a la suya; una oferta que casi siempre llega, precisamente, después de una etapa de trabajo en algún diario o en alguna emisora. Logran así una reelaboración del concepto de periodista mediante el desplazamiento del énfasis de unos valores a otros por una senda del pragmatismo (cuando no de cinismo), para acabar por distinguir algo así como dos etapas de distinta naturaleza en la vida del periodista: la de informador general y la de responsable de la información —y consecuentemente de la imagen— de una institución o de una entidad concreta. Algo que, obviamente, rechazamos los militantes de la primera causa.

Todas estas definiciones —o todas estas justificaciones, si se quiere— hacen que, unos y otros, nos miremos como miembros de una misma familia, pero con la clara conciencia de no ser ni pensar lo mismo; de no tener, por tanto, el mismo *sentido* (ni, como dije antes, el mismo salario). En estos espacios intersticiales se ubican, se alimentan y engordan, sin duda, algunas de nuestras mutuas desconfianzas, de nuestros frecuentes recelos, y, también, de nuestras inevitables complicidades, que nunca deben desbordar el decoro profesional.

Y, dicho sea de paso, *también* nos admiramos. Los periodistas de medios conocemos verdaderos artistas de la comunicación, capaces de evaluar mil variables para determinar el momento exacto en que una información debe ser enviada a los medios para lograr un mayor impacto, esto es, una más amplia difusión. Son esos lince que, tras asegurarse de que no va nada importante al Consejo de Ministros ni hay otra previsión de relieve —de esas que devoran el espacio—, lanzan un comunicado el viernes a las 13.00 horas, para entrar en los informativos audiovisuales de mediodía y beneficiarse del eco alcanzado para mejor introducirse en los periódicos que han de leerse al día siguiente. Verdaderos maestros del cálculo y de la cabala, son capaces de clavar una diana en el medio más reticente a su labor, aunque para ello tengan que averiguar incluso el día de libranza de su periodista adverso o sólo escasamente simpatizante... No siempre ocurre así, obviamente, e incluso esto que digo puede ser excepcional. Pero, en cualquier caso, ¿cómo no admirarlos? Aprovechan nuestra falta de tiempo, para, por la vía de la facilidad, colarnos cuanto pueden. Pero, a su vez, hacen cada vez un mayor esfuerzo de sujeción a los cánones informativos, a las exigencias generales de rigor —en los datos y en sus interpretaciones—, para obtener, no la corta victoria de un día, sino una confianza larga y duradera —y bien cimentada— como fuentes fiables. Ellos saben que el mejor periodista de un medio suele ser el que tiene mejor agenda, es decir, precisamente, mejores fuentes, fuentes más seguras.

Sólo nos queda negarles el pan y la sal por otras razones. Y también lo hacemos, a veces. Se trata de que no se envanezcan, de que no se les suba la eficacia a la cabeza. Y, sobre todo, de que nunca puedan

«Hoy el poder es más diverso y está más diversificado que nunca: hoy lo tiene Amnistía Internacional, lo tiene El Corte Inglés, lo tiene la Tercera Edad, lo tiene



tener la certeza de que su tarea está libre de sospecha, desde la perspectiva periodística. Logramos así que sigan viviendo la tensión fronteriza de ser los mejor pagados/menos libres. ¡Y yo creo que lo conseguimos!

Escribo esto medio en broma, medio en serio. Porque, más allá de la realidad privada de nuestras relaciones —como digo, familiares—, está la realidad social de este fenómeno. Es decir, la realidad social de un proceso informativo que parece reducirse, en nuestros días, a un diálogo endógeno (y a veces literalmente *endogámico*, con un miembro de la pareja matrimonial a cada lado de la barrera) entre profesionales del mismo oficio. Unos profesionales que dominan los resortes de la comunicación de masas, pero que —por decirlo de algún modo— militan en *bandos distintos*.

Unos y otros, para bien o para mal, configuran y definen hoy en día, desde diferentes perspectivas e intereses, el espacio profesional del periodismo, y también su realidad social. Ambos son los protagonistas de lo que podríamos llamar *la nueva dialéctica interna* de esta profesión. El resultado de esta interacción está presente —más o menos visible, en mayor o en menor proporción— en el contenido informativo de los medios de comunicación de masas. Es ahí donde concluye el *diálogo* y se produce la síntesis de esta *nueva dinámica*. Al cabo, la síntesis de una dualidad acreditada cotidianamente y, sin embargo, apenas estudiada, ni desde dentro ni desde fuera de la profesión. Todavía hoy son más bien escasos los estudios que han tratado de esclarecer esta nueva situación y determinar las consecuencias últimas de esta división en la gran familia periodística.

¿Hay alguna perversión en esta dualidad, en esta división? Sin duda. Y desde luego mayor, en mi opinión, que la que hay en la fabricación de ropa en serie o de platos precocinados; al fin y al cabo, el proceso informativo es de otra condición, y bien podría salir desvirtuado —desnaturalizado— de este juego de intereses. Este es el peligro.

Se ha producido un desdoblamiento profesional, y una buena parte de los titulares de este viejo oficio se han deslizado hacia un territorio hasta ahora ajeno, y no diré enemigo, al que han llevado sus conocimientos, para ponerlos al servicio de una causa informativa *diferente*. ¿Constituyen por ello un peligro? No necesariamente, no por definición. Pero sí en el caso de determinados supuestos de abandono o de inhibición por parte de los propios medios, lo que significaría una grave irresponsabilidad. La prensa y en general los medios de comunicación han alcanzado a ser definidos como el cuarto poder, no por su sometimiento, sino justamente por lo contrario: por sus capacidades para criticar los abusos de poder, para denunciar los excesos, para interpelar y para inquietar acerca de la realidad, esto es, por su función social como contrapoder (sin caer en el reduccionismo de la referencia política, porque hoy el poder es más diverso y está más diversificado que nunca: hoy lo tiene

«La función del periodista se define también por sus descompromisos, es decir, por su ausencia de ligazones. Estar descomprometido con los poderes, rehuir la connivencia, evitar las cargas emotivas, no alimentar la histeria



Amnistía Internacional, lo tiene El Corte Inglés, lo tiene la Tercera Edad, lo tiene Antena 3 TV, etc. Dicho en otras palabras, es la confrontación desde la independencia, desde la libertad, la que definió y define todavía hoy al periodismo y a la propia democracia: no se olvide que la libertad de prensa es una *conditio sine qua non* de ésta.

¿Qué ocurre en la actualidad? ¿Sucede acaso que se han debilitado — o se están debilitando— los valores tradicionales que han legitimado al periodismo? ¿Ocurre quizá que su función social empieza a reducirse a la mera *enumeración* descriptiva de acontecimientos ininterpretables e ininterpre-tados, cambiando profundidad por superficie, es decir, alejándose de su misión esclarecedora, escrutadora, desenmascaradora? Si fuese así, estaríamos en el momento de darle toda la razón a los escépti-cos de hoy que añoran el periodismo de ayer. Cautivo y desarmado nuestro noble oficio, habríamos pasado a alistarnos en las milicias zombies de la profesionalidad mal entendida, esto es, del periodismo emasculado, que diría —y que dice— Bothorel. Una emasculación que se habría producido como consecuencia de la connivencia actual entre los enemigos de ayer, con el consiguiente fin de la controversia ideológica y, si nos descuidamos, de la propia Historia, con todas sus grandes causas deslegitimadas, desmigajadas o simplemente olvidadas.

Si fuese así, insisto, habría que darle la razón a todos los muchos *bothore-les* que en el mundo son, y que brillan especialmente en este fin de siglo y de milenio, tan propicio a las reflexiones jeremías. Pero, en mi opinión, no es así. La situación no es tan dramática. Ocurre que, a pesar de la guerra del Golfo (que, ciertamente, llevó al paroxismo la complicidad entre medios de comunicación y Estados), a pesar del osario de Timisoara (que dejó ver lo fácil que es manipularnos con imágenes en directo de una realidad trucada), a pesar de la profanación del cementerio de Carpentras (que nos reveló los riesgos de dar por cierta una supuesta *relación lógica*, en este caso entre la profanación y el crecimiento del Frente Nacional), a pesar de todo ello, digo, los medios de comunicación aún representan ese cuarto poder que, como decía Tilomas Jefferson, es un "censor formidable de los funcionarios públicos" y, si se usa debidamente, "el mejor instrumento para ilustrar la mente del hombre y para mejorarlo como ser humano, racional y moralmente". Ciertamente, hay que restaurar equilibrios rotos y, quizá, forjar otros nuevos. Porque es mucho lo que ha cambiado alrededor del periodismo. Mucho desde la vertiente técnica o telemática. Mucho desde su propia operativa. Mucho desde la perspectiva de su relación con las fuentes noticiosas. Mucho asimismo en el ámbito de la demanda, es decir, del lector, que denota nuevos gustos y que diferencia claramente entre información y opinión. Mucho, en fin, en el proceso global. Pero hay consideraciones que no han cambiado tanto. Así, cada vez que un periodista de medios acepte

«¿Sucede acaso que se han debilitado —o se están debilitando— los valores tradicionales que han legitimado al



conscientemente una manipulación, orquestada por tirios o por troyanos —tando da—, estará transgrediendo, violentando gravemente, su función social. Esto era verdad ayer y lo es hoy. Como lo es aquel viejo axioma simplificador que dice: "Cada vez que alguien falta a la verdad, miente". Así de simple. Cada vez que un periodista falta deliberadamente a la verdad, traiciona. Y digo deliberadamente porque nada garantiza, más allá de sus humanas capacidades, que no pueda ser objeto de un engaño bien urdido, del que no acierte a sustraerse. Pues bien, aun en este caso, tampoco ha muerto el periodismo. Aún queda en pie el compromiso de denunciar la manipulación y descubrir —desenmascarar— al manipulador.

La función del periodista se define también por sus *descompromisos*, es decir, por su ausencia de ligazones. Estar descomprometido con los poderes, rehuir la connivencia, evitar las cargas emotivas, no alimentar la histeria colectiva, no buscar la excitación por la excitación, saber ganar distancia y altura respecto de los hechos —para así responder más cabal y ecuanimemente a su deber social—, éste es el verdadero papel del periodista. Y lo contrario es su negación.

Es verdad que a nuestro alrededor crecen la confusión, la mixtificación y el caos, y que, con ello, se impone el desconcierto. Es verdad que muchas cosas han dejado de ser, sin que todavía se vislumbre cómo van a ser. Es verdad que el propio mundo en que vivimos está en reordenación, en busca de "un nuevo orden" (todos los días se anuncia uno). Y es verdad que esto también ocurre con el periodismo.

Hoy es habitual —y ya no sorprende— hablar de unos ciudadanos que han sido literalmente anegados por avalanchas informativas indigeribles, fragmentarias, desorganizadas y, en consecuencia, inútiles; unos ciudadanos atrapados entre la espectacularización de la realidad y su propia ininteligibilidad, que es a lo que lleva la concurrencia desenfrenada —y desnortada— de los medios de comunicación; unos medios que alimentan así un proceso que podríamos sintetizar en el siguiente lema: cada vez más información, facilitada más rápidamente, para que el consumidor entienda cada vez menos manejando cada vez más datos y creyendo saber cada vez más.

Es obvio que nuestra misión no es —no debería ser— ésta, y por ello debemos luchar cada día. Hoy como ayer, la misión del periodista es informar de un modo inteligible, clarificador, no arrollar o saturar al ciudadano, al amparo de las demandas de la concurrencia empresarial. La sobreinformación, es sabido, es una técnica de desinformación. Pero en el caso actual ni siquiera es eso: es sencillamente mal periodismo. Anti-información. Quizá pura "fase de transición".

La prensa, la radio y la televisión son medios distintos, aunque ello no evita su rivalidad, su competencia y, también, su contagio. Pero sería una grave perversión de su rol que un medio intentase sustituir a otro o que se camuflase con sus ropajes. Dicho en otras palabras, el

«Los medios de comunicación aún representan ese cuarto poder que, como decía Thomas Jefferson, es un "censor formidable de los



periódico no debe ser una "televisión escrita", ni debe ocurrir al revés. Cada uno tiene su lugar y su manera de ocuparlo. Y sólo desde el re-equilibrio de estas posiciones surgirá la normalización del proceso informativo, con la consecuente pervivencia de la pluralidad informativa, que es alimento indispensable para la democracia.

Si sucede así, si los medios de comunicación cumplen con su *leal* cometido y extreman su vigilancia sobre la realidad —sin abdicar de su misión, de su rol tradicional—, el "periodismo de fuentes", los gabinetes de prensa y las direcciones de comunicación no serán instrumentos negativos, sino, por el contrario, unos contribuidores más del proceso, en el que serán bienvenidos, y cuantos más, mejor: más información sobre la que decidir y sobre la que actuar, y también más información sobre la que indagar; al cabo, más leña para el horno informativo, algo muy propio de esta *Edad de la Información* de la que todos hablan y en la que, al parecer, ya vivimos, ya estamos instalados.

Si esto se cumple —si estos equilibrios se establecen y se guardan—, podremos sencillamente concluir que el periodista, aun en su sentido tradicional —vinculado a la prensa—, sobrevive y tiene su lugar. Como lo tiene el *mediador-profesional* denostado por Bothorel, a través del cual pasa la información sin romperse ni mancharse (y también sin romperlo ni mancharlo a él). Como lo tiene el "periodista de fuentes" —o de gabinetes de prensa, o como quiera llamársele—, que es un nutriente más del sistema informativo.

Definitivamente, hay que hacerse a la idea de que vivimos un mundo cada vez más complejo, extraordinariamente diverso, en el que todo está en redefinición —y también el periodismo—, pero en el que, al cabo, todos tendremos un lugar al sol. En esta dirección parece apuntar esa reivindicación general de profundización de la democracia, que se extiende por el mundo. Es una opinión. Las hay menos optimistas, lo sé. Por ejemplo, la del director del *Centro Fernand Braudel*, de la Universidad de Bingham-ton (EE.UU), Inmanuel Wallenstein, según el cual "los treinta próximos años serán caóticos; después, vendrá el orden, pero es imposible prever su naturaleza". Si es así, si Wallenstein tiene razón... tenemos por delante nada menos que treinta años para debatir estas cuestiones, sin que ninguna conclusión pueda tenerse por definitiva. ¿Se puede pedir más?